



# La Lectura Popular

AÑO XX.

Orihuela 15 de Abril de 1901.

|| Núm. 424

## UN JESUITA

(CUENTO AZUL)

I

Espléndido sol salpicaba de oro un mar tranquilo, apenas rizado por ligera brisa. El trasatlántico, hermoso barco de acero, avanzaba rápidamente con su penacho de humo y sus bigotes de espumas. Con la proa hacia España, alejándose del archipiélago filipino el esbelto monstruo, golpeando con su férrea hélice las aguas del mar, que parecían hervir furiosas al sentirse azotadas. Huía veloz resoplando fuerte por sus calderas y dejando, como huella de su paso, blanca estela espumosa que se desvanecía á lo lejos.

A su bordo, en su vientre y sobre sus lomos, transportaba aquella bestia artificial á multitud de españoles, que abandonaban para siempre aquel desgarrado girón del manto real de España, arrancado por las avariciosas garras de los Estados Unidos, y dejado arrancar por la ineptitud y la traición de gobernantes indignos.

Entre los pasajeros venia un joven como de unos treinta años, pálido, delgado de espaciosa frente y penetrante mirada. Vestía negros hábitos sacerdotales con ese cinturón que sirve de distintivo á los Padres de la Compañía de Jesús. Volvía á la Patria, á su España, despues de algunos años de haber materialmente regado el suelo filipino, trabajando sin sosiego por la salvación de las almas, y excitando con su elocuente palabra el amor á la madre Patria, perdido en aquellos hijos que, olvidando lo que á España deben, siguieron sin tino y ciegos los errores y los impulsos de la traidora y repugnante masonería.

Venia el buen Padre débil y enfermo á ver si en España conseguía reponer su quebrantada salud. Sobre cubierta paseábase con su breviario en la mano, unas veces leyendo y otras meditando. Su mirada, limpia y transparente, vagaba del

mar al cielo y del cielo al mar: en el mar como si viera el Espiritu de Dios llevado sobre las aguas; en el cielo como diciendo: «¡Allí están la salud y la vida! ¡Allí está Dios!»

Todos los pasajeros mostrábanle gran respeto. Verdad es que el pobre religioso á nadie molestaba. Siempre solo, únicamente hablaba con aquel que le dirigía la palabra; en cuyo caso siempre contestaba cortesmente y lo hacia con una voz tan dulce y melodiosa que cautivaba.

Dije que todos los viajeros le mostraban gran respeto, y dije mal. Habia un caballero de negra barba y estirada tirilla, que indudablemente le tenía ojeriza al jesuita. Dicho caballero... ó lo que fuera, habia sido gobernador en una de las provincias filipinas, y contribuido bastante á la pérdida de esas colonias, favoreciendo la sublevación (1), para lo cual fué allí enviado por los *filibusteros españoles* con los cuales estaba ligado por los lazos masónicos.

El ex-gobernador venía á España, muy orondo, trayéndose en la maleta una buena porción de miles de duros que sus manos *vivas ¡y muy vivas!* habian acaparado en poco tiempo.

No era solo este capital el que *se traía* el ex-gobernador. La misericordia de Dios, que es tan inmensa, y con frecuencia tan incomprendible, que salta por encima de la razón humana, habia concedido á ese bandido de levita una niña tan hermosa que, con sus cabellos dorados y sus ojos azules, parecia un angel arrancado de un cuadro de Murillo.

Viajaba pues, el masonazo con su mujer, su hija y su maleta de pesos duros, tan feliz como si en su vida hubiera he-

(1) Los medios de que se valian los gobernadores en Filipinas para favorecer la sublevación, eran: atacar á los Religiosos, fomentar la inmoralidad, dejar entrada libre á periódicos y libros impíos y blasfemos y permitir la propagación de los katipunanes. Entiéndase que no todos los gobernadores hacian esto, sino los enviados por la masonería oficial.

cho una mala acción, y tan satisfecho como un héroe que vuelve á la Patria á que sus conciudadanos le coronen de laureles.

Lo único que se le indigestaba á mi hombre era el jesuita. ¡No le podía resistir! Cuando le veía cerca, sus frases se agriaban, mil ironías insultantes se le venían á la boca y alguna que otra palabreja enconada le salía silbando sin poderla contener. El jesuita hacia como si nada oyera; inclinaba su frente y lentamente se alejaba sumergiéndose más en sus pensamientos.

Una mañana el ex-gobernador que tenía almacenadas en su estómago una porción de malas palabras contra el jesuita, explotó.

Era la hora del almuerzo. El masón estaba ya sentado á la mesa cuando bajó de cubierta el jesuita; entró en el comedor y sentóse en el sitio que le correspondia, un poco más allá del ex-gobernador.

Presentáronle al Padre su almuerzo, bien sencillo por cierto: una taza de caldo, un par de huevos cocidos y una copa de vino de Jerez; era el único alimento que resistia su débil estómago.

Apenas se hubo sentado el jesuita, empezó el ex-gobernador á molestarle, dirigiéndose á un individuo que tenía enfrente. El masón hablaba alto como hombre que tiene base... aunque la base la lleve en la maleta:

—Es lástima que se hayan perdido las Filipinas, pero... ¡así tenía que suceder!

—¿Porqué? preguntó admirado el vecino de enfrente, que era un comerciante.

—¿Qué queria V. que ocurriera allí donde los frailes estaban como en su casa? Figúrese V. lo que enseñarían al pueblo unas gentes que sólo pensaban en comer, y en beber, y en guardarse el dinero de todo el mundo. ¡Ah, qué avariciosos y qué glotones! ¡Sobre todo los jesuitas!

Todas las miradas se dirigieron al misionero que impávido y sin pestañear se

quiera seguía tranquilo bebiéndose á sorbos su taza de caldo. Todos vieron aquel almuerzo frugal, todos notaron aquellos hábitos pobres, y una mirada de simpatía se reflejó en todos los ojos y fué á acariciar al escarnecido jesuita; pero el masón, sin darse cuenta del efecto que producian sus palabras, continuó:

—Esos jesuitas son una verdadera plaga de langostas. Donde caen, no queda ni la semilla.

—Perdone usted, respondió el comerciante. Yo llevo muchos años en Filipinas y conozco aquello á palmo.

—Bien ¿y qué?

—Que cuando los frailes y los jesuitas tenían verdaderamente influencia allí, las Filipinas no se sublevaban; pero cuando los gobiernos españoles los coartaron en sus funciones y los desprestigiaron ante los insulares, enseguida estos, roto el freno que los contenía, conspiraron, y se sublevaron, y así vino la guerra y la pérdida de las colonias. Esto es un hecho histórico, pero aún hay más...

El Jesuita levantó la cabeza y miro con un agradecimiento casi infinito á aquel defensor de la verdad. Este continuó:

—Los avariciosos y los glotones nunca han sido los frailes ni los jesuitas. ¡Cá, no señor! Los glotones, los avariciosos y los ladrones, si usted quiere, eran los funcionarios públicos que enviaba el Gobierno de España, hombres perdidos y arruinados por los vicios, que llegaban con la idea de hacer una fortuna en muy corto tiempo.

—¡Ah! ¡Ah! Está usted en un error crasísimo, permítame que se lo diga, replicó el ex-gobernador, algo, y aún algo, picado... Yo no digo que no haya habido algunos empleados inmorales; pero ¿quienes más inmorales que los frailes, especialmente los jesuitas? ¡Ah, sí! son vividores, egoistas, glotones, borrachos; sobre todo borrachos!

El padre jesuita que había terminado su colación, se levantó, saludó con la cabeza y lentamente desapareció por la escotilla.

¡La copa de Jerez estaba intacta!

## II

—Dos días después de la escena referida, la preciosa niña del ex-gobernador se acercaba al Jesuita, atraída por aquella dulce mirada, llena de pureza y de amor que se escapaba de los ojos del religioso. Mariposilla del cielo que bajada á la tierra buscaba en ella la luz del bien, la niña, permitase la frase, revoloteaba alrededor del misionero, que la miraba con cariño y acabó por llamarla

—¿Qué nombre tienes, hija mía?—le preguntó el misionero, pasándole su mano por los cabellos.

—María del Carmen, señor.

—¿Y qué edad?

—Siete años.

—Tú tienes cara de ser muy buena. Rubios como tú nos pintan á los angelitos, y como tú, rubio, al Hijo de Dios cuando niño. Tú creerás en Él ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y, mira, para que perseveres en el bien te voy á dar á la que nos dió todo lo bueno, dándonos á nuestro Jesús. Te voy á regalar una medalla bendita. Mírala. ¿La ves que preciosa? Esta es la Virgen del Carmen. ¡Ella te protegerá!

—¡Niña, ven!—rugió impaciente el masón, que se había fijado en la charla que su hija tenía con el jesuita.

—¿Qué te decía ese cura?—le preguntó rudamente.

—Me decía que fuera muy buena con mis padres, y me regaló esta medalla. Mira qué bonita.

—El ex-gobernador tomó la medalla y, furioso, acercándose á la borda la arrojó al mar.

—¡Ay, mi medalla!—gritó la niña llorando; y con ese movimiento tan natural en los niños de ver cómo cae una cosa que cae, el angelito se encaramó rápidamente sobre un rollo de cuerdas que había junto á la borda y se asomó al mar; pero el vértigo le azotó la frente y, atraída por las olas, cayó al agua.

Un grito desgarrador rasgó el aire. Era la madre.

—¡Socorro! ¡Mi hija!

Otro grito se escuchó mas allá:

—¡Virgen del Carmen, sálvala!

Y un bulto negro se precipitó en el mar.

¡Era el jesuita!

—¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!—se oyó por todo el buque. El maquinista dió contra vapor y el barco se detuvo. Varios salvavidas se arrojaron al agua. A una orden del capitán, se lanzó un bote al mar.

Allí, á lo lejos, á mas de cien brazas, se veía un bulto negro flotar sobre las olas. El bote puso proa hácia él.

Muy lentamente avanzaba el Padre jesuita. Débil y enfermo y nadando con un solo brazo por llevar con el otro sujeta á la niña, cansado por los esfuerzos hechos al sumergirse para arrancar al angelito de las garras del mar, se le veía desfallecer por momentos.

De pronto un nuevo grito estremeció el aire:

—¡Un tiburón! ¡Un tiburón!

Los del bote, que lo oyeron, apretaron á remar, El botecillo parecía tener alas. ¿Quién llegaría primero, la muerte ó la vida?

—¡Se han salvado! ¡Gracias á Dios!—exclamaron los espectadores de tan imponente escena, viendo como los marineros del bote sacaban del mar á la niña y al Jesuita.

El bote viró dirigiéndose al trasatlántico. A todos extrañó la piedad que los marineros se daban por volver.

—¿Qué pasa para correr tanto? ¿Hay nuevo peligro? se preguntaban los del barco.

En efecto, los marineros remaban con un afán indescriptible.

Bien pronto se supo lo ocurrido. Cuando llegó el bote, se vió en un charco de sangre al jesuita.

—¿Quien viene herido? preguntó el capitán.

—El Padre, respondió el timonel. Ya estaba casi dentro del bote, cuando el tiburón le cogió un pie y se lo cortó con los dientes. ¡Se está desangrando!

—¿Y la niña? ¿Y mi hija? gritó ansioso el ex-gobernador.

—¡Salvada!

El masón miró al cielo, se llevó las manos al pecho y cayó desmayado.

## III

Algunas horas después, en el lecho de un camarote, se oía un gemido muy débil y el jesuita abría los ojos.

Arrodillado á la cabecera del lecho se hallaba el ex-gobernador; la mujer de éste, el capitán y el médico de á bordo, á los pies.

El masón lloraba como una Magdalena. Cuando el jesuita lanzó un gemido, el impio levantó su frente, que tenía apoyada en el lecho del enfermo, y con voz empañada por el llanto, exclamó:

—¡Perdón! ¡Perdón, Padre mío!

El jesuita, reponiéndose un poco y ahogando el dolor con esa voluntad propia de seres superiores, miró al arrepentido con inmensa dulzura y apoyó su mano sobre aquella cabeza, antiguo nido de pensamientos villanos y traidores.

Luego, con voz muy débil dijo:

—¡Me faltó una piñal!

—Si, murmuró apesadumbrado el médico, la izquierda. No hubo más remedio que cortarla.

—¿Por dónde?

—Por la rodilla.

—¡Bendito sea Dios!

El jesuita cerró los ojos.

Al cabo de un rato volvió á abrirlos y clavándolos en el masón con una expresión de amor sin límites, murmuró:

—¡Si usted se confesara!...

—¡Si, si, con usted! exclamó el ex-gobernador.

—¡Ahora mismol ¡Salid todos!

—¡Imposible! usted no puede confesar ahora. Eso es matarse. Está usted muy débil. Necesita reposo absoluto, dijo el médico.

—Dios es el Autor de la vida. La muerte no viene, si El no quiere. Salid por favor. ¡Hay que salvar esta alma! ¡Dios da fuerzas!

Todos salieron conmovidos.

Habló el masón y confesó contrito. El padre, moviendo su mano para bendecirle, arrancó del cielo el perdón para aquella alma ennegrecida antes por el pecado.

—En aquel momento le abandonaron las fuerzas y pronunciando su frase favorita ¡Benlito sea Dios!, volvió á desmayarse!

#### IV

Arrojando humo por su chimenea, esbelto y ligero y azotando el agua con su férrea hélice, llegó el trasatlántico á España una hermosa mañana en que el sol brillaba esplendorosamente, y el mar apenas era rizado por una ligera brisa.

Los pasajeros se despedían unos de otros despues de una travesía feliz.

Entre ellos se veía un jesuita joven, pálido, de espaciosa frente y penetrante mirada. Era cojo. ¡Tenía una pierna de palo!

Con una muleta se sostenía y conversaba con un señor de barba negra y estirada tirilla.

Una niña de cabellos de oro y ojos de cielo se acercó al jesuita. Este puso su mano sobre la cabeza del ángel, y le dijo con una voz impregnada de amor.

—¿Serás siempre buena, María del Carmen?

—Si, si ¡siempre!

—¿Amarás mucho á tus Padres?

—Si señor; mucho!

—¡Son muy buenos los padres, hija mia; no los mortifiques nunca! Sé muy respetuosa y obediente. Ellos te quieren mucho. Acuérdate, cabecita de oro, acuérdate siempre de lo que yo te digo. Conserva, hija, toda tu vida la transparencia de esa mirada pura como la inocencia. Vé que Dios te ha dado esos ojos azules para que en ellos se refleje el cielo. Y mira, para que tu pureza y tu castidad y tu inocencia de niña nunca te abandonen, toma, te regalo este escudo santo, esta medalla de la Virgen del Car-

men.

—¡Ay, mi medalla! exclamó la niña. La que papá tiró al mar!

—No, hija, esta es otra; aquella queda allí, entre las olas, para salvar á otros que como nosotros, caigan al mar.

—De los ojos del caballero de la barba negra, ex-gobernador de una provincia filipina, rebotaban las lágrimas.

—¡Oh, qué bueno es usted, Padre! ¡Es usted el mejor de los jesuitas! exclamó.

—No lo crea usted, respondió el religioso. Al contrario, ¡miserable de mí! Todos mis hermanos en Religion son mejores que yo. ¡Yo soy el peor de los jesuitas! Mire usted lo que es no conocer á la Compañía de Jesús!

El trasatlántico en aquel momento detuvo su marcha. Había terminado el viaje

—¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Hasta la vista, si Dios quiere!

Padre, exclamó el ex-gobernador. Yo haré que el gobierno premie su acción heroica.

—¡No, hijo mio, no haga usted eso? Mi acción ningún mérito tuvo. Además, nada conseguiría usted. ¡Ya no es usted mason!

—¡Es cierto! ¡Adiós!

—¡Adiós!

... Sin embargo, algunos periódicos hablaban de la hazaña del jesuita. Si hubiera sido en otra nación cualquiera, esta le hubiera recompensado con algún distintivo honroso. ¡Nada más justo! Pero en España nadie hizo caso, y hasta se olvidó el nombre del jesuita. Y el heroico Padre ¡el peor de todos los jesuitas! como él decía, se perdió en esa almáciga de santos que se llama La Compañía de Jesús.

Miguel Alvarez Chape.

Del «Correo de Andalucía.»

### SECCION INSTRUCTIVA

## Un pueblo católico

Allá en el confin de la Holanda, bajo un cielo siempre gris, hay un mar gris como el cielo, y una llanura inmensa que se pierde en el horizonte, gris como la llanura, como el cielo y como el mar. Ante aquella naturaleza se siente una tristeza profunda y angustiosa. El silencio es profundo, porque no lo turba el silbido de la locomotora, pues allí no hay caminos de hierro; ni se ha oído jamás el chasquido del postillón ó mayoral de una diligencia porque allí no existen caminos ni carruajes que transiten por ellos.

En lontananza se ven algunos grupos de cabañas cenicientas y una fila de palos en

perfecta alineación, formada por los mastiles de los barcos de pesca. El todo constituye la villa de Volendam, que no cuenta menos de tres mil almas; y allí se vé desde hace siglos el efecto grandioso de una lucha gigantesca en la que el hombre hasta ahora ha salido vencedor; y ay de él! ¡ay de Holanda el día que fuera vencido! es la lucha de los Países Bajos con el mar!

Porque el mar se halla más alto, mucho más alto que aquella inmensa llanura, y sólo impide que inunde los llanos de los Países Bajos el dique, el famoso dique que protege todo el reino de Holanda del peligro de ser tragado por el mar.

Que en aquel gran murallón se haga una grieta ó haya un desprendimiento y el mar se precipitará en la llanura!

La inmesidad de aquel peligro ordinario que amenaza de continuo á todo un reino, produce al que de cerca lo contempla por primera vez, una sensación de pasmo y horror imposible de explicar.

Ni hay que decir la solicitud y cuidado con que se vigila por la existencia y conservación del dique!

Hay un hombre que ha aceptado la responsabilidad de cuidar de tantas vidas como el dique defiende, defendiendo él al dique de los bravíos embates del mar, eterno enemigo de la Holanda.

El hombre que ha asumido una responsabilidad que aterra es Mr. Tuyn; millares y millares de vidas y millares de kilómetros le están confiados!

Manda un ejército, y cada año tiene este ejército que sostener terribles batallas.

La última tuvo lugar aun no hace veinte días.

Bajo la acción del intenso frío, el lago Zuyderzée se había helado, y se recorría en trineos á la vela los parajes cruzados en verano por yates y embarcaciones de pesca. Pero llegó el deshielo y con él un terrible asalto al dique. El viento Norte amontonaba sobre él enormes témpanos de hielo, montando unos sobre otros, oprimidos por una presión irresistible y empujándose contra la muralla, amenazando derribarla. En estos casos es cuando entra en acción el ejército de monsieur Tuyn.

De cien en cien metros se estaciona día y noche de centinela un funcionario público con la misión de impedir con su vigilancia sobre el terreno que se le confía, que el mar derrumbe el dique.

Está armado de utensilios de trabajo; sus municiones son cal, arena, cemento, ladrillos, piedras, etc.; apenas inicia una raja, una grieta en su demarcación, que sin cesar inspecciona, da el toque de alarma; acuden los retenes de guardia, y antes de dos horas el boquete está tapado, y seguras las vidas que aquel boquete de la muerte ponía en peligro. Y en tanto que esto pasa, los habitantes de los Países-Bajos duermen tranquilos, confiados en el ejército que noche y día los defiende de perecer sumergidos.

